

VENGANZA DE AMOR

Lucy Monroe



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Ready
Traducción: Rita Karina Plasencia

- © 2005 Lucy Monroe. Reservados todos los derechos
- © 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2008 por la traducción Rita Karina Plasencia. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Febrero 2007

ISBN: 978-84-96692-83-1

Depósito Legal: M-1229-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

Para mi hermana Diane.
Eres una parte muy especial de mi vida,
te quiero muchísimo.

Un agradecimiento especial
a mi amigo David Counard, un ex Ranger del Ejército
que respondió pacientemente preguntas
que para mí valen horas de trabajo.
¡Gracias!

CAPÍTULO 1

Lise estaba acostumbrada a llevarse por delante paredes, pero esto de caer en medio del tráfico era algo completamente distinto.

De modo que, una fracción de segundo antes del contacto de sus manos con el cemento frío en un intento por detener la caída, supo que el brusco empujón entre sus omóplatos que la había derribado de bruces no había sido fruto de su imaginación. No más que el chirrido de los neumáticos cuando los coches clavaron los frenos o el alarido agudo de una mujer detrás de ella.

Se arrodilló sobre el pavimento intentando incorporarse, pero sintió que su cuerpo continuaba moviéndose mientras alguien tiraba de ella hacia el bordillo. Aterrizó contra un muro de cuerpos.

—Debe tener más cuidado —dijo una voz recia y profunda.

Una mujer vestida de pies a cabeza de azul y plateado, los colores de los Seahawks¹, dijo:

—Debe tener cuidado, después de un partido la acera está tan atestada como la calzada.

Lise forzó sus pulmones a aspirar el gélido aire de noviembre y resolló:

—Alguien me empujó. —Estuvo a punto de caerse nuevamente del bordillo al intentar girar para ver la gente a

1- Los Seahawks de Seattle, equipo de futbol americano. (N. de la T.)

Lucy Monroe

sus espaldas—. Alguien me empujó —repitió con voz aguda—. ¿Alguno de vosotros ha visto quién fue?

—¿De qué está usted hablando? —le preguntó un hombre mayor, con expresión incrédula.

—Yo no vi nada —dijo una mujer que llevaba una parka roja.

Una mujer negra, ya mayor, le dio una palmadita en el hombro al tiempo que le decía:

—Creo que usted está equivocada.

—Probablemente esté desorientada —apuntó quien la acompañaba.

Las voces continuaron, una confusa mezcolanza de sonidos en la cabeza de Lise. Pero una cosa sí le quedó clara.

Nadie lo había visto.

Una vez más.

El semáforo cambió y una oleada de peatones se abalanzó hacia la calzada y rodeó a Lise.

Temblando aún por lo que acababa de sucederle, ella permaneció sin moverse, observando a la masa de gente que pasaba a su lado.

No hubo miradas malévolas dirigidas a ella, ni fue objeto de excesiva atención por haber estado a punto de ser atropellada por un coche. Nada que pudiera indicar quién era él, el hombre que la había empujado fuera del bordillo.

«¿Sería un hombre?» Ni siquiera sabía eso y esa ignorancia era lo que más la aterraba.

No tenía la menor idea de dónde buscar al enemigo ni de cómo reconocerlo. Sin embargo, había creído que estaría a salvo en la lluviosa y fría Seattle, a miles de kilómetros de su pequeño pueblo natal en Texas.

Se había equivocado.

Con la vista clavada en el correo electrónico anónimo, Lise sintió que se le revolvía el estómago.

VENGANZA DE AMOR

Era el tercero en tres días. Esto, sumado a las llamadas telefónicas molestas y a la rosa de color rojo sangre que había encontrado sobre el asiento del conductor en su coche cerrado con llave, bastaba para aterrorizarla.

Señorita Barton, espero que disfrute de sus vacaciones de Acción de Gracias en Canyon Rock. El vuelo desde Portland estará atestado de pasajeros. Siempre es así en los días festivos, pero la familia siempre debería pasar unida las fiestas. Seguramente su hermano, su cuñada y su nueva sobrina Genevieve la extrañan. Esa preciosa bebe crecerá sin que usted pueda verla, no conocerá a su tía. ¿Está segura de que mudarse tan lejos fue una buena idea?

El mensaje no era completamente anónimo. Llevaba una firma: Némesis. No era el nombre verdadero del acosador, Lise estaba segura de eso. Era escritora. Sabía quién era Némesis: la diosa de la venganza. Cuanto más pasaba el tiempo, más se convencía de que quien la acosaba era hombre.

No una diosa, sino un demonio.

Sentada ante su escritorio, la sacudió un estremecimiento; estaba helada hasta la médula. Ya había subido la calefacción, aunque sabía que eso no serviría de nada.

El frío que sentía era interno.

¿Por qué Némesis había nombrado a Genevieve? Aunque no era la primera vez que el acosador mencionaba a su familia, nunca antes se había referido a uno de ellos llamándolo por su nombre.

¿Acaso este mensaje era una especie de amenaza contra su pequeña sobrina?

Desechó de plano la idea de ir a casa para las vacaciones ante la certeza de que el acosador estaba al tanto de sus planes de viaje. No saldría furtivamente de Seattle para conducir tres horas hacia el sur y luego volar desde PDX². No si él iba a estar esperándola al llegar a destino, listo para hacerle quien sabe qué a su familia.

2- Código asignado por la IATA (Asociación Internacional de Transporte aéreo) al Aeropuerto Internacional de Portland, el mayor del estado de Oregon. (N. de la T.)

Lucy Monroe

Joshua se detuvo frente a la puerta del piso de Lise.

Pese a no haber planeado hacer escala en SeaTac³ durante su viaje a Texas, no había tenido opción. El bienestar emocional de su hermana menor dependía de que él pudiera hacer entrar en razón a Lise Barton.

Bella se sentía muy mal porque Lise había llamado para cancelar su visita en Acción de Gracias. Su hermana creía ser la culpable de que su flamante cuñada se hubiera mudado a Seattle y se negara a regresar a casa durante los días de fiesta. Bella había soltado algunas tonterías acerca de su temor de que, a causa de su matrimonio con Jake, el hermano de Lise, ésta se hubiera sentido desplazada.

Según su hermana, Lise había dicho que tenía un resfrío al que no quería exponer a la bebe. A Bella esto le había parecido razonable, pero luego Lise había dicho que tampoco iba a poder ir para Navidad debido a una imprevista fecha límite.

Bella estaba segura de que la excusa era falsa. Por lo que ella sabía, Lise planificaba sus fechas de entrega con un año de anticipación. A él no le constaba que aquello fuera cierto, pero esa chica sexy y tímida, autora de excelente ficción para mujeres, no daría prioridad a su trabajo sobre un acontecimiento familiar importante. Podía asegurarlo. Aún estaba atónito por la mudanza de ella al otro extremo del país. Estaba demasiado apegada a Jake, a Bella y a la niña como para que tal traslado tuviera sentido.

Pero cuando a Bella se le había escapado que Lise había cancelado su viaje después de enterarse de que él estaría también en el rancho en esos días, Joshua había descubierto cuál era el verdadero problema. Lise no quería volver a verlo.

Estaba aquí para resolver ese problema.

Golpeó la puerta, alegrándose al ver que por lo menos tenía mirilla. Le había resultado tan sencillo entrar a ese edificio seguro, que sentía vergüenza ajena por la empresa que había instalado el sistema de seguridad y por el presunto guardia que estaba en el escritorio del vestíbulo de entrada.

3- Suburbio de Seattle que recibió su nombre del Aeropuerto Internacional Seattle-Tacoma, al cual rodea. (N. de la T.)

VENGANZA DE AMOR

Oyó un fuerte ruido al otro lado de la puerta. Luego, sólo silencio. Golpeó de nuevo, esta vez con más fuerza.

No obtuvo respuesta.

Gritó el nombre de ella, pero desde el interior no llegó sonido alguno.

¿Se habría caído y lastimado? No siempre estaba del todo alerta y la había visto caminar directo a una pared cuando sus ojos se nublaban con una mirada especial.

La puerta tembló bajo su puño.

Nada todavía.

Examinó las cerraduras. Demasiado sencillas para ser de verdadera utilidad en mantener fuera a un delincuente. No lo dudó más.

Abrió la puerta más rápido que si hubiera usado la llave.

Una leve ráfaga a su izquierda lo puso en guardia al instante, listo para el combate. Sus reflejos, afinados tras seis años como *Ranger* del Ejército y una década como mercenario, no le fallaron. Giró en dirección hacia aquel sonido apagado que había oído, con la mano en alto para detener el golpe.

Interceptó el atizador justo antes de que lo golpeará en la cabeza e inmediatamente le hizo a su atacante una llave de cabeza. Todo esto antes de advertir que se trataba de Lise.

Apartó el atizador de hierro fundido y al hacerla girar para mirarla de frente el cabello rubio oscuro voló alrededor de la cara de ella.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Los grandes ojos color avellana le devolvieron esa mirada vidriosa con la que su profesión lo había familiarizado.

La mirada del terror.

Jadeaba y le temblaban los brazos, cubiertos por una sudadera.

¿Qué demonios estaba sucediendo?

—¿Por qué no abriste la puerta?

Su boca se movió, pero no consiguió emitir sonido alguno.

Lucy Monroe

Él la sacudió con suavidad.

—Habla, Lise.

Ella parpadeó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Maldición.

La atrajo contra sí, rodeándola con sus brazos.

Realmente la había asustado al entrar a la fuerza en su piso. No había considerado esa posibilidad al forzar la cerradura. Tendría que haberlo pensado.

Era una chica de un pequeño pueblo de Texas que ahora vivía en la gran ciudad.

Obviamente no se había aclimatado del todo.

Su cuerpo temblaba contra el de Joshua, quien se sentía un verdadero canalla.

—No quise asustarte, pequeña.

Los dedos de Lise se aferraban a la camisa de él, apretando con tal fuerza la tela que era más probable perder un trozo de camisa que conseguir que ella lo soltara. Apretó la cara contra el pecho de él, como si literalmente lo estuviera intentando excavar.

—¿Joshua?

Fue el primer sonido inteligible que emitía en más de un minuto.

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Le dijiste a Bella que no irías a Texas para Acción de Gracias.

Lise se estremeció.

—No. No voy a ir.

No parecía estar resfriada. Su voz, por lo general suave, sonaba forzada, pero no de un modo que pudiera malinterpretarse como el resultado de una garganta irritada.

Él le frotó la espalda.

Simplemente le pareció que era lo adecuado en ese momento.

Su respuesta fue relajar casi imperceptiblemente los dedos que aferraban la camisa. Él continuó, hablándole en el

VENGANZA DE AMOR

mismo tono de voz que había usado para calmar al niño que había liberado en su última misión. Empleó palabras similares: le dijo que todo estaba bien, que él no permitiría que le sucediese nada, que ella iba a estar bien.

Le llevó casi más tiempo del que le había llevado calmar al niño conseguir que ella se relajara lo suficiente como para apartarse de él. Cuando lo hizo y pudo mirarla a la cara por primera vez, se estremeció. Había visto nieve con más color que su tez, a no ser por las manchas amaratas debajo de los ojos. Le temblaban los labios, contraídos en una mueca de aflicción.

—Lise, tú no perteneces a Seattle.

—¿Co...cómo? —Parpadeó, haciendo un evidente esfuerzo por recomponerse y sus labios temblorosos lograron formar unas palabras.

—¿Por qué lo dices?

—Es bastante obvio para mí que no estás adaptándote al estilo de vida de la ciudad. Recibes una visita inesperada y prácticamente te pones frenética.

Ella sacudió la cabeza y soltó una risa profunda.

—Créeme, volver a Texas no ayudará.

—¿Por qué no?

—Mis problemas viajan conmigo.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella no respondió, pero esta vez él no aguardó una respuesta. La empujó con suavidad hacia el dormitorio.

—Puedes contármelo en el avión. Ve a buscar tus cosas. Tenemos un vuelo a las ocho en punto.

—No.

Ella se zafó de la mano que la guiaba, se detuvo y rodeó su propio cuerpo con los brazos, cubriendo el logotipo de los *Dallas Cowboys*⁴ que tenía su sudadera.

—No puedo ir, Joshua.

Tenía un acento sureño muy marcado y su voz estaba al borde mismo de la histeria.

4- Equipo profesional de fútbol americano con sede en el área metropolitana de Dallas/Fort Worth, al norte de Texas.

Lucy Monroe

—¿Por qué no?

Ella tragó saliva y desvió la mirada, con el cuerpo rígido por la tensión.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—No quiero que mi familia salga lastimada por mi causa. —Su mirada era a un tiempo suplicante y salvaje—. Si voy a Texas ahora podría ponerlos en peligro a todos, incluso a la pequeña Genevieve.

Él reprimió una palabrota.

—Expílicate.

—Alguien me está acosando.

Lise flexionaba los dedos, sintiendo que la tensión de todo su cuerpo se concentraba allí.

Ante el anuncio, la reacción de Joshua había sido un silencio absoluto. Permaneció allí de pie, como una formidable sombra oscura en el pasillo, intentando escrutarle el alma con sus ojos castaños. Su inmovilidad era tan completa como su silencio, lo cual desconcertaba a Lise; pero al menos no le dijo que estaba loca o imaginando cosas.

—¿Sabes quién es la persona que está acosándote?
—preguntó finalmente.

—No.

—¿Por qué crees que te están acosando?

—No es sólo que lo crea, lo sé. —Pese a la sencillez de las preguntas, a su cerebro le costaba elaborar respuestas en el estado de estrés en que se hallaba en ese momento—. He recibido correos electrónicos anónimos que hacen que resulte obvio que me están vigilando.

—¿Intentaste rastrear los mensajes?

—Sí. —Hizo una pausa para recobrar el hilo de la conversación—. No dio resultado.

VENGANZA DE AMOR

—¿Eso es lo único que ha sucedido hasta ahora?

—Es suficiente.

No era una respuesta completa, pero no estaba dispuesta a contarle más en ese momento.

—Sí, es suficiente —dijo él, sorprendiéndola.

El hecho de que Joshua le hubiera creído, cuando nadie más lo había hecho (ni el *sheriff* de su ciudad, ni la policía de Seattle) estaba empezando a penetrar en su mente cuando él habló de nuevo.

—Puedes contarme en el avión el resto de lo que te tiene tan asustada. No hay forma de que crea que estás así de descontrolada por algunos mensajes.

No había tiempo para explicaciones. Tenía que sacarlo de allí y luego marcharse ella. No sabía dónde iría, pero no iba a sentarse a esperar que Némesis se presentara en el umbral de su casa como lo había hecho Joshua.

Lo cogió del brazo y comenzó a empujarlo hacia la puerta.

—Gracias por venir. Dile a Jake y a Bella que los amo.

Sus frases brotaban entrecortadamente y no estaba del todo segura de qué estaba diciendo, ni tampoco tenía importancia, mientras fuera algo que lo hiciera marcharse.

Él se detuvo delante de la puerta y no se movió.

—No me voy a ninguna parte, Lise.

—Por supuesto que sí, te vas a Texas.

—No sin ti —dijo, apoyándole sobre los hombros sus manos, cuya tibieza y fuerza la hicieron sentir segura; pero ésa era una ilusión que ella no podía permitirse—. Yo cuidaré de nuestra familia. No permitiré que nadie les haga daño, a ellos o a ti.

En cualquier otra circunstancia, ella le hubiera creído, pero ahora el enemigo desconocido corría con ventaja. En el instante en que abordaran un vuelo comercial, Némesis sabría dónde estaba ella. Él podía adelantárseles a llegar a Texas o bien seguirlos. Cualquiera de las dos cosas implicaba un riesgo demasiado grande para Jake, Bella y la pequeña Genevieve.

Lucy Monroe

—Ni siquiera tú puedes detener el disparo de un francotirador o evitar que le corten los frenos a un coche o...

—¿Me estás diciendo que te han sucedido todas esas cosas? —preguntó, interrumpiendo la letanía de miedos que habían atormentado su mente consciente e inconsciente durante días.

—Podrían sucederme y si ocurren no quiero que mi familia esté por allí.

La mente de Lise estaba otra vez dividida entre intentar determinar cuál era la mejor ruta de escape para no alertar a su torturador oculto y pensar en algo para sacar de allí a Joshua.

Ella abrió bruscamente la puerta.

—Llamaré a Bella para tranquilizarla, ¿vale?

Lo haría tan pronto se detuviera en un lugar con teléfono.

En ese preciso momento todo lo que quería hacer era subir a su coche y conducir sin detenerse jamás, dejando atrás esa vida que ya no era capaz de controlar.

Sin decir palabra, Joshua se limitó a empujar la puerta con el talón volviendo a cerrarla. Su mirada color café no se había despegado ni por un instante de la de Lise. Reclinándose contra la puerta, se cruzó de brazos y aguardó, en una actitud que decía a las claras que esperaba eternamente si fuera necesario pero que se saldría con la suya.

Algo se quebró dentro de Lise.

Vale. Podía quedarse esperando allí hasta que las ranas criaran pelo, pero ella iría a preparar su maleta. Se marcharía. No con Joshua ni a Texas, donde pondría en peligro a su familia, pero se iría. Giró sobre sus talones y se dirigió apresuradamente a su cuarto, sus pensamientos fragmentados ocupados por el confuso revoltijo de cosas que necesitaba llevarse consigo.

Estaba arrojando su ropa de cualquier modo dentro de un bolso de viaje, cuando la asustó un pitido y la pila de ropa interior que traía en brazos cayó al suelo.

VENGANZA DE AMOR

Se quedó mirando fijamente el revoltijo de algodón multicolor durante varios segundos, antes de advertir que el pitido era el sonido del teléfono.

Levantó de su base el auricular del teléfono inalámbrico.

—¿Diga?

—Lise, tu visitante se fue sin llevarte con él.

Su corazón, que ya latía como enloquecido, se le subió a la garganta al oír esa voz digitalizada que a estas alturas conocía demasiado bien.

—¿Quién habla?

—Deberías haberte marchado con él. Se supone que la familia debe pasar junta las fiestas.

—¿Por qué me hace esto? —gritó, sintiendo esfumarse el poco control que le quedaba.

—Ojo por ojo, Lise.

—¿De qué está hablando? —Nada de esto tenía sentido. Su vida no tenía sentido—. ¡No sé que quiere usted de mí!

Un brazo fuerte le rodeó los hombros y lanzó un alarido antes de advertir que era Joshua.

—Se te oye alterada —se mofó la voz inhumana.

Los labios de Joshua se acercaron a su oreja.

—¿Es él?

Ella asintió, moviendo la cabeza tan violentamente que le dolió el cuello, pero de su garganta no salió sonido alguno.

—Entonces supongo que para el Día de Acción de Gracias sólo estaremos tú y yo, juntos en nuestras desoladas soledades. Yo tampoco puedo pasarlo en familia.

Un *clic* marcó el fin de la llamada.

Sintió un suave golpecito en la mejilla.

—Lise.

Era la voz de Joshua.

Él estaba ahí. No estaba sola.

¿Cuánto tiempo había estado de pie, paralizada por el miedo? No tenía idea.

—El teléfono —dijo con la voz ronca que brotó de una garganta inexplicablemente seca—. ¿Qué dijo?

Lucy Monroe

—Algo sobre pasar Acción de Gracias juntos. —Los ojos se le llenaron de estúpidas lágrimas de debilidad—. Pensó que te habías marchado y se burló de mí por estar sola.

Al oírla Joshua entrecerró los ojos.

—Tenemos que sacarte de aquí.

Ella lo miró, sin comprender bien lo que decía. ¿Es que seguía machacando con eso de llevársela a Texas?

—Guarda algo de ropa. Nos vamos.

Ningún problema. Podía dejar que Joshua la sacara del piso y luego desaparecer.

—Vale.

—Iremos a un hotel —dijo él, sin que ella se lo preguntara.

Eso sonaba tan bien... Las lágrimas que le quemaban los ojos se derramaron.

—Sí. A un hotel. Lejos de aquí.

Él no respondió. Simplemente recogió del suelo la pila de bragas de algodón y las lanzó dentro del bolso de viaje.

—¿Qué más necesitas?

—Yo lo haré.

El incontenible alivio de marcharse de allí le dio fuerzas a su mente para afrontar el problema de preparar su equipaje. En menos de cinco minutos estaba lista.

Él miró el pequeño bolso de viaje de cuero color burdeos y luego a ella.

—Vámonos.

Némesis arrojó violentamente su dispositivo de audio, frotándose los ojos enrojecidos y nublados por la falta de sueño.

No había previsto que ella abandonara el piso. Se suponía que no debía marcharse de allí.

No toleraría interferencia alguna en sus planes.

Lo invadió la furia, como un nudo en su estómago, y el deseo de atacar lo abrumó mientras se volvía para descargar

VENGANZA DE AMOR

un puñetazo contra la pared junto a su ordenador, imaginando el rostro de Lise Barton en ese preciso lugar.

El dolor le subió por el brazo, llenándole el estómago de bilis.

Apretó la mano magullada contra su pecho agitado y se obligó a pensar. Era difícil. Sus pensamientos se fragmentaban, persiguiendo recuerdos que no podía evocar.

Se había marchado del piso pero no se atrevería a ir a Texas a pasar Acción de Gracias. No mientras pensara que él la perseguiría.

Ella quería proteger a su familia.

Sus labios se torcieron en una mueca cínica. Seguro. Lo más probable era que ella deseara pasar estos días de vacaciones escribiendo sus insidiosos libros. Como fuera, no se iría lejos. Tenía que volver a su piso y cuando lo hiciera, él estaría esperándola... vigilándola, como siempre.

No, el que se hubiera ido con ese hombre no malograba sus planes. Él había hablado de pasar la noche en un hotel. Némesis se las arreglaría para encontrarlos. Era muy bueno para rastrear información con el ordenador, aunque esa destreza no le hubiera servido para conservar su empleo después de lo que Lise Barton les había hecho a él y a su familia.

Con un ademán brusco apartó un bocadillo a medio comer que se había secado y endurecido mientras él escuchaba la discusión entre el hombre y esa arpía rompehogares. Sacó el archivador de debajo del bocadillo mordisqueado, abrió el sobre de papel manila y comenzó a repasar la lista de personas con las que esta mujer mantenía contacto frecuente.

Había llamado Joshua al hombre, pero en la lista no figuraba nadie con ese nombre.

Némesis se sentía carcomido por la frustración.

No podía rastrear al hombre sin saber su apellido. Tendría que investigar más antes de poder empezar a husmear en los registros de las tarjetas de crédito para encontrarlos.

Lucy Monroe

Y cuando lo lograra, quizás su venganza también se abatiera sobre ése que se atrevía a ponerse del lado de la arpía.

A Joshua le llevó treinta minutos de maniobras evasivas el convencerse de que nadie los seguía.

Durante ese tiempo no dijo una palabra y tampoco lo hizo Lise, pero su lado del coche aún emanaba tensión. Una vez que hubo tomado la carretera I-5 norte, encendió la radio, y dejó que una suave música clásica llenara el coche.

—Qué hermosa música.

Eran las primeras palabras que pronunciaba Lise desde que habían salido del piso y las dijo en un tono de voz casi normal.

—La música calma los nervios.

Ella lanzó una risa breve y sin humor.

—Supongo que debo parecerme muy estresada.

—Un poco —dijo él secamente.

Ella se rodeó el cuerpo con los brazos como si tuviese frío, aunque la calefacción mantenía cálido el interior del coche pese a la baja temperatura exterior.

—A decir verdad, me siento estresada.

—¿Hace cuánto tiempo que este hombre está acosándote?

—Recibí el primer correo hace seis meses.

Se quitó los guantes, confirmando que no tenía frío, sino que estaba alterada.

—No sé cuánto tiempo habrá estado vigilándome Némesis antes de eso.

—¿Y qué decía?

—Que no debería comprar tanta comida basura. Yo acababa de ir a la tienda por unos chocolates. El trabajo que estaba haciendo me daba ataques de hambre y no tenía ganas de cocinar, así que compraba mucha comida fácil de preparar y tentempiés

VENGANZA DE AMOR

En su voz suave resonaba una dolorida vulnerabilidad.

—Parece que te vigilaba muy de cerca.

Ella se estremeció.

—Sí.

—¿Qué hiciste al recibir el email?

—Lo borré, como hago con todo el correo basura. Me pareció raro, pero nunca pensé que fuera el principio de algo siniestro. No decía nada sobre por qué me escribía.

Ahora su voz sonaba calmada y sin emoción, en marcado contraste con la casi histeria que había mostrado antes.

—Nunca lo dice... ni en sus correos, ni en sus llamadas. Sólo se asegura de que yo sepa que me está vigilando.

—¿Cuándo te diste cuenta de que se trataba de un problema grave?

—Cuando me llamó. Entonces sí que me asusté. Hablaba a través de un digitalizador computarizado y era realmente espeluznante, ¿sabes?

—¿Hablaste con el *sheriff*?

—No en aquel momento —suspiró ella—. Todavía creía que era capaz de manejarlo sola. No me había amenazado, ni nada por el estilo.

—¿Qué sucedió para hacerte cambiar de opinión?

—¿Cómo sabes que cambié de opinión? —preguntó ella, curiosa.

—No te habrías mudado lejos de tu familia y de tu casa si hubieras visto otra solución viable. Por lo tanto, me imagino que acudiste a las autoridades, pero no pudieron hacer nada por ti.

—Fue más bien un tema de no querer que de no poder hacer algo por mí. Pero sí, tienes razón, sucedió algo que me hizo dar cuenta de que no estaba segura.

—¿Qué pasó?

—Él se metió en mi piso. Un día llegué a casa después de visitar a Bella en el rancho y encontré las suficientes alteraciones en las cosas que había sobre el escritorio de mi ordenador como para darme cuenta de que alguien había estado allí.

Lucy Monroe

—¿Qué dijo el *sheriff* cuando denunciaste esto?

—Pensó que yo estaba buscando publicidad, que era todo un invento para atraer la atención de los medios.

—¿Y por qué diablos se le ocurriría semejante estupidez?

—Cuando él estuvo trabajando para la policía de Houston, una mujer hizo exactamente eso. Era instructora de defensa personal y la publicidad gratuita le consiguió una gran cantidad de clientes, supongo.

—¿Se negó a tomarte en serio porque una vez había sido engañado por una denuncia falsa?

Joshua no podía creerlo.

—Aquella vez se habían malgastado muchos recursos humanos y los detectives involucrados en el caso habían quedado como unos idiotas, amén de realmente hartos de todo ese asunto del acosador. El *sheriff* terminó dejando su empleo y mudándose a Canyon Rock. Quería una evidencia concreta de que me estaban acosando antes de abrir una investigación y yo no podía proporcionársela.

—Imbécil.

—Yo pensé lo mismo en ese momento, pero tengo que reconocer que no insistí demasiado. No quería que Jake se enterara y las cosas se saben rápido en una ciudad pequeña. Así que me fui a casa e hice cambiar las cerraduras, pero Némesis se las arregló para entrar otra vez.

—¿Lo denunciaste?

—Sí, pero esta vez el *sheriff* fue realmente agresivo. Me dijo que no tenía los recursos humanos necesarios para mantener vigilado mi piso y que yo todavía no tenía evidencia concreta. Después de todo, no se había llevado nada.

—Desgraciado.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces te mudaste al otro extremo del país para escapar del acosador.

—Había investigado algo sobre el tema y leído acerca de varios casos en los que el acosador había hecho daño a la fa-

milia o a los seres queridos de su víctima. Eso me perturbó. —Se retorció las manos y desvió la cara mirando por la ventanilla de su lado—. Empecé a tener pesadillas. Luego, en una de las llamadas, Némesis mencionó que me había visto con mi cuñada y mi sobrinita. Fue entonces cuando decidí mudarme.

Él entendía el porqué de la decisión, pero desgraciadamente no había sido la elección más inteligente. El marcharse del pequeño pueblo en el que todo el mundo la conocía había aumentado su vulnerabilidad ante el acosador.